Núm. 7.º

LA RESTAURACION.

FILOSOFIA POLITICO-RELIGIOSA.

PENSAMIENTOS.

La felicidad de los grandes, de los ricos, de los afortunados del siglo, se parece de lejos á esos palacios mágicos que se descubren en el horizonte del mar de Nápoles; acercaos, y ¿qué vereis? Vapores estancados, y nubes preñadas de tempestades.

Nada hay mas ruinoso para un hombre que el libertinage, y para un Estado que la irreligion.

Pues que los hombres son por la mayor parte falsos, inconstantes ó débiles, la buena fé necesita de caucion. La mejor es la Religion, el honor viene en seguida, y luego el hábito de hacer el bien.

Tan flaco y miserable es el mundo, que los hombres honrados, sin religion, me hacen temblar con su peligrosa virtud, como los volatines con sus peligrosos equilibrios.

La espada de la ley es muchas veces demasiado corta para alcanzar al crímen, pero nada puede escapar á la Religion, que es juntamente el arma mas segura, y la de mas alcance.

Sin la esperanza de la inmortalidad, la virtud con los sacrificios que impone, y las penas que la acompañan, seria la mayor de las vanidades.

¿Qué es el morir para quien cree y espera? Dormirse para dispertar en el cielo.

Destruir las ideas de la inmortalidad del alma es añadir la muerte á la muerte.

Si es imposible negar que el hombre espera hasta el sepulcro, si es cierto que los bienes de la tierra lejos de colmar nuestro deseo no hacen sino ahondar el alma, y aumentar su vacío, forzoso es concluir que hay algo mas allá del tiempo.

Si uno solo de los crímenes que no son expiados en este mundo quedára sin castigo, el mas vil de los hombres, que hubiera sentido el remordimiento, seria mas justo que un Dios espectador indiferente del vicio y de la virtud.

Escudriñad en las antigüedades mas remotas, recorred las antiguas cronologías, subid á la fundacion de las sociedades, penetrad á lo

interior de los bosques entre las hordas salvages; la inmortalidad del alma ha sido siempre y es todavía el fundamento de la Religion de los hombres. Sin embargo, segun lo que de contínuo se ofrece á nuestra vista, el género humano debiera inclinarse al materialismo mas completo. ¿De dónde, pues, ha venido un pensamiento tan contradicho por una esperiencia cotidiana? Sentados sobre los sepulcros de las generaciones antiguas, en presencia del árbol que cae, de la flor que se marchita, en medio de las escenas de la muerte, ¿cómo hemos entrevisto una vida inmortal? Porque Dios ha impreso este sentimiento en nuestras almas, como nos ha dado la inteligencia y la humanidad, porque nace en nosotros no tanto por razon como por instinto, y es tan difícil arrancarlo como privarnos de la razon y del pensamiento.

El desgraciado salvage bendice á Dios sobre los hielos del polo, y saca de su pobre miseria esperanzas de otra vida, mientras el hombre civilizado reniega de su Criador bajo de un cielo clemente y en medio de todos los dones de la Providencia.

Sutilizad la materia cuanto querais, revestidla de todas las formas imaginables, elevadla al mas alto grado á que sea capaz de llegar, nunca resultarán sino figuras y movimientos, y con todas esas combinaciones jamás producireis una idea. Juzgad por ahí de la naturaleza de nuestra alma.

La falsa filosofía inspira al hombre el ódio de la vida, y el furor de quitársela cuando no es feliz: la Religion inspira el desprecio de la vida feliz ó desgraciada, y el valor de soportarla tal cual es.

La filosofía quiere hermosear la vida, y la Religion la llena.

La independencia es la esclavitud del deber.

Echase en cara á algunos hombres, ó á ciertos pueblos como una inconsecuencia ó hipocresía, el mostrar estremado apego á las prácticas esteriores de religion, mientras se entregan á desórdenes que ella condena; nada mas injusto. La infraccion á los preceptos divinos es una debilidad del corazon arrastrado por violentas pasiones; pero la desobediencia en las cosas indiferentes en sí es un desprecio de la autoridad que las manda, y el hábito de despreciar la autoridad puede ser mas culpable que pasageras trasgresiones, que al menos tienen escusa en la fuerza de nuestras inclinaciones.

El estoicismo no produjo sino un Epitecto, y la filosofía cristiana forma millares de Epitectos, que no saben que lo son, y cuya virtud llega hasta el estremo de ignorarse á sí misma.

La libertad desenvuelve todas las facultades del hombre, liberta su energía, consagra su dignidad, le inspira el amor de la gloria, y le impele á las grandes acciones. La igualdad, al contrario, siempre envidiosa, semejante al cruel tirano que acortaba á los que la casualidad habia hecho mayores que él, toma su tipo de la pequeñez, y destruye con su nivel de hierro cuanto la naturaleza habia destinado á ser grande y sublime.

La mayor prueba de respeto al trono es decir la verdad á los reyes, cuando no se hace con la mira de grangearse una culpable popularidad con sus enemigos. Condicion es esta, sin la cual no es posible ser buen ciudadano, ni hombre honrado, aun diciendo verdades útiles.

Hay dos estados para la sociedad y la legislacion; el estado legítimo y el legal: el primero es de Dios, el segundo del hombre. La perfeccion de la legislacion seria, que todo lo que es legítimo fuera legal, y todo lo que es legal fuera legítimo.

Los antiguos hacian dioses de madera ó de piedra, y se postraban ante la obra de sus manos. Algunos legisladores hacen leyes falsas, contrarias á la naturaleza, y póstranse ante los errores de su entendimiento.

Las leyes de Constitucion ó fundamentales deben ser legítimas; las de administracion pueden ser solamente del estado legal.

BIOGRAFÍA CATÓLICA.

SAN JUAN EVANGELISTA.

Algo de puro y tierno va unido á este nombre, que nos recuerda al amigo particular de Jesus, y al protector de María á quien su hijo al espirar se la encargó. No es posible separar estos tres nombres, que, por asi espresarme, se confunden en un mismo sentimiento de veneracion y de amor. Al reproducir cuanto el Evangelio y la tradicion nos dicen acerca de San Juan, le consideraremos bajo sus tres caracteres, como discípulo, como apóstol, como escritor sagrado.

Nació en Betsaida de Galilea, y fue hijo de Cebedeo y de Salomé, y hermano de Santiago el mayor. Como era uno de los pescadores del lago de Nazaret, presenció la milagrosa pesca de Pedro, que fiado en la palabra de Jesus habia arrojado sus redes á la mar, y comprendió toda la divinidad de quien se daba à conocer por semejantes prodigios. Se cree que fue el mas jóven de los apóstoles; por lo menos los muchos años que vivió despues de la muerte de Jesucristo prueban que desde una edad muy tierna siguió al divino maestro.

Fue llamado, como sus compañeros, al apostolado, y recibió como Santiago el nombre de hijo del trueno. Ezequiel nos le representa como el águila entre los evangelistas, y fue sin duda por su Apocalipsis el primero de los profetas, sufriendo ademas cruelísimas persecuciones por Jesucristo, siendo uno de sus mas celosos mártires, y mereciendo que le reconocieran las iglesias de Asia por su patriarca y su fundador. Empero tantos títulos no dan de su persona la alta idea que estas sencillas palabras: Juan era *el discípulo á quien Jesus amaba*.

Cierto, que Dios no pudo amar sino á quien merecia su amor; el principio de éste en Jesus era divino, y el obgeto de él debia ser por escelencia amable. De suerte, que con decir que San Juan era el discípulo á quien Jesus amaba, se hace de él tan encarecido elogio, que no es posible añadir ni una palabra á su preciosa prerogativa.

Segun sentir de los padres conservó siempre San Juan su virginidad, y á ella atribuye San Gerónimo la singular ternura que le tenia Jesucristo. Debió este privilegiado amor, dice San Cirilo, á la pureza de su alma, que embellecia toda su persona. *Dilectus propter castitatis splendorem*. Diríase que el divino maestro no puede separarse de su amado discípulo, al ver que nada de importancia hace sin ir en su compañía. Acompáñale, cuando resucita á los muertos; si quiere trasfigurarse, pareciérale su gloria no tan brillante, sino la presenciase San Juan, y cuando ha de prepararse la última cena, el discípulo casto y puro es quien la ordena. ¡Y con qué inefable bondad el hombre-Dios permite inclinar sobre su seno la frente de su amigo! En el huerto de las olivas, donde su alma se entristeció hasta la muerte, ¿á quién sino á este amigo confió sus angustias, como al único corazon que pudiera comprenderlas?

El mas amado fue entre los doce apóstoles que formaban la familia de Jesus, como Benjamin entre los doce hijos de Jacob, y si Jacob era la figura de Jesus, Benjamin era sin duda la de San Juan. Parece ser propiedad del amor trasformar en sí el obgeto que se ama, y tan admirable trasformacion obróla Jesucristo. Su alma entera pasó á la de su amigo para engendrar en ella la mas feliz conformidad de pensamiento, de sentimiento, y de amor con la suya santa. *Totam effudit animam in amicum*, dice San Ambrosio. Nada dejó en ella de imperfecto, y que hasta á sí no lo alzára; y como sea la amistad el mas noble de los afectos, y el sentimiento de las grandes almas, quiso esperimentarla Jesucristo, y lo quiso para darnos tambien egemplo, y enseñarnos á escoger nuestros amigos, y mostrarnos el deber de una amistad santa y cristiana que se sirve de la espansion de los corazones para purificarlos, ennoblecerlos, y elevarlos á las mas altas virtudes á vista

»

de la otra vida, adonde ella debe conducirlos.

Y ved por tanto, como Jesus corrige en su amigo, cuanto dejaba ver en él la naturaleza de imperfecto y frágil. El discípulo amado, celoso de la gloria de su maestro, al ver á un desconocido que se servia del nombre de éste para lanzar demonios, reprende su audacia, y le prohibe emplear en adelante este nombre divino. Jesus no aprueba la delicadeza de su celo, y hácele ver que en él se esconde, si bien casi sin apercibirse, cierta emulacion ó envidia, pues que el verdadero celo nada tiene de amargo, dado que solo consiste en un amor hácia los hombres mas tierno y ardiente.

En otra ocasion vió San Juan, como los samaritanos cerraban á su maestro las puertas de la ciudad, y creyendo entonces que le asistia derecho para desplegar todo el celo que le abrasaba, rogó á Jesus que hiciese descender al instante fuego del cielo contra los ingratos. ¡Pero qué respuesta tan sublime le dió su maestro! «No sabes lo que pides; el hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarles;" y con esto enseñóle que el espíritu del Evangelio es esencialmente un espíritu de amor, del cual penetrado al fin, fue San Juan el apóstol que mas semejó por su caridad á Jesus, asi como ya le era el mas semejante por su candor y pureza.

Con motivo de esta virtud hace San Gregorio de Nisa una especie de comparacion entre San Juan y María. Entre todas las mugeres, dice, escogió el divino Salvador à una por madre, y entre todos sus discípulos à uno por su amigo particular. Empero quiso, asi en el amigo como en la madre, hallar el carácter que mas acerca el alma à Dios, à saber, la virginidad. Si Dios debia nacer de una muger, cumplió à su dignidad, que su madre fuera vírgen; y si una vírgen permaneciendo tal, debia concebir un hijo, natural era que este hijo fuese Dios: y asi podemos decir tambien, que si un Dios descendido del cielo debia tener un amigo particular sobre la tierra, conveniente era que este amigo fuese virgen, y que si el título de vírgen era necesario para poseer la amistad de su maestro, este maestro no podia ser sino un Dios. ¿Y quién debia reposar sobre el seno virginal de Jesus en el que residia la divinidad, sino aquel que por la pureza de su corazon se elevaba sobre los hombres? ¿quién pudiera ser el mas digno depositario y el confidente de los secretos del hombre-Dios, sino aquel, cuya alma purificada de todos los deseos de la tierra, fuese por tanto mas capaz de penetrar la esencia de las cosas divinas? Por ello, ninguno probó mas completamente que Juan, el efecto de esta palabra de la Escritura: «Quien ame la pureza de corazon, tendrá al Rey por amigo." Juan bebió en el seno del hijo de Dios, lo que el hijo de Dios habia bebido en el seno de su padre. *Hausit Joannes de sinu unigeniti, quod de paterno hauserat ille*; aplicada su boca al seno de Jesus, le embriagó, por asi decirlo, de divinidad: *ori ejus apposuit ut divinitatem potaret.* De aqui nace, que un padre llame à San Juan el verbo del verbo, *verbum verbi*, al propio tiempo que llegó à ser su imágen mas viva. ¡Dichoso quien halle un amigo, cuyo corazon sea para él, lo que Jesus fue para San Juan! Cierto que ha encontrado en la tierra el mas bello regalo del cielo. En la amistad de Jesus encontró San Juan mas tesoros de los que pudiera concebir su ambicion, cuando á ruegos de su madre pidió al divino maestro, que le hiciera sentar à su derecha ó izquierda en el reino de los cielos. El poseyó el mismo corazon de Jesus, él reposó en su seno, y ¿no era este el primer lugar de su reino? Todo era para Juan, dice San Bernardo, y no se contaba las gracias que se le concedia, sino que el tesoro de ellas se ponia en sus manos.

Pero solo con amor el amor se paga, y el de San Juan no tuvo límites, y fue mas poderoso que la muerte. Espantados los discípulos al ver preso à su maestro, huyeron; el mismo Pedro que de lejos le seguia no tardó en negarle; solo Juan le siguió al Calvario.

Créese que él era aquel jóven cubierto con túnica de lino, que seguia silenciosamente à Jesus sin de él apartar los ojos, que despareció por un instante cuando quisieron prenderle los guardias, apareciendo à seguida á los pies de la cruz. ¡Qué espectáculo! la inocencia clavada en la cruz, y en torno de ella un amigo vírgen, una madre vírgen; lo que habia de mas puro sufriendo por el crimen!

En aquellos momentos en que las angus-

tias de la muerte asaltaban la alma de Jesus y se ocupaba su divinidad en la salud del mundo, no olvidó ni à su madre ni à su amigo, y suspendió un instante la redencion, para dejarles la prenda mas digna de su ternura. Dió la madre al amigo, y el amigo á la madre. Dijo à su discípulo: *Hé aquí tu madre*; déjote lo que para mí es mas precioso, mi propia madre que en adelante lo será tuya. No espresaba bien el nombre de amigo la estrecha union que nos ligaba en la tierra; conviene que tomes el nombre de hermano por las relaciones que van à unirte con mi madre; y dijo à esta madre desconsolada: *Hé aquí tu hijo*. Este es el que dejo en mi lugar, para que haga contigo las veces de hijo; ámale, cual yo le amo; es otro yo. ¡Oh, y cuánto mas gratos deben parecernos los dos sentimientos gratos siempre à los hombres, el de la tierna amistad y el de la piedad filial, despues que el mismo Dios los consagró en el Calvario! Ved à San Juan, hecho el amado de María, despues de haberlo sido el de Jesus. Ambos se esfuerzan en la mayor y última de las pruebas; y tal vez por esta razon de amor quiso unirles Jesus con lazo tan estrecho. Juan vió, como María, los moribundos ojos de Jesus eclipsarse en sangre y lágrimas, y oyó el grande clamor que penetró los cielos, y quebrantó las rocas en los momentos en que dió el espíritu. El sintió la lanzada que hirió al amado maestro; cuando le descendian de la cruz, allí estaba, y ayudaba à llevar el divino cuerpo, é imprimia sobre él sus puros lábios, y tambien sobre el sepulcro, que encerraba toda su dicha. Cierto, que se realizaron las palabras de Jesus. «¿Beberás mi cáliz?" ¿Y no lo bebió como su divino maestro hasta las heces? ¿No gimió su alma hasta la muerte? ¿Cuál dolor mas cruel, que el de no poder morir con aquel à quien se ama, viéndose condenado à sobrevivirle?

Puede decirse que el alma sufre mas en el cuerpo de aquel á quien ama, que en el de quien anima. Sobrelleva sus propios males con una constancia, que con frecuencia suaviza su rigor, y si alcanza sufriéndolos socorrer ó consolar á su amigo, tal vez se truequen en delicias sus amarguras. Empero si ha de ver los dolores del amigo, sin que alcance á mitigarlos ó participar de ellos, sufre entonces la mas ruda prueba de paciencia y de amor. Fácil es por tanto comprender, que el mártir mas cruelmente despedazado entre todos los mártires fue Juan; todos los dolores de Jesus formaron su largo martirio.

¿Mas cuál debió ser su júbilo al saber que habia resucitado su maestro? Pedro y Juan corrieron al sepulcro; Juan llevado de su ardiente amor se le adelantó, mas paróse por deferencia á la entrada del sepulcro, dejando bajar primero al príncipe de los apóstoles. Pero ¿con qué nombre se designa á sí propio, cuando traza la narracion que debe infundir en las demas almas la felicidad que rebosa en la suya? Con el nombre solo del «discípulo á quien amaba Jesus." Y aun como si temiese herir la modestia, pronunciando un título tan caro á su corazon, habla de sí, cual si hablára de un estraño: *hic est discipulus ille*.

Pocos dias despues en compañía tambien de Pedro estaba en las orillas del lago de Tiberiades, y aparecióseles Jesus bajo estraña figura. Mas en vano se querria engañar los ojos de un tierno amor; San Juan le reconoció y dióle á conocer à Pedro. El singular cariño de Jesus hácia estos dos discípulos, fundado en diferentes causas, habíales unido estrechamente: Jesus amaba en Juan el candor de la inocencia: *Joannes in innocencia simplicior*, dice San Crisóstomo; en Pedro la firmeza de su fé: *Petrus in fide firmior*. Por ello á cada cual concedió el don mas conforme á su carácter: dió su madre á San Juan, y su Iglesia á San Pedro. *Petro claves ecclesiæ, Joanni matri custodiam delegare voluit*.

En la comida que se dió despues de este encuentro, tuvo ocasion San Pedro de atestiguar á Jesus su fé juntamente con su amor, y al propio tiempo de saber los destinos que le estaban reservados. Mas cuando preguntó cuáles serian los de Juan, contestóle el divino maestro: ¿Qué te importa, si quiero que permanezca hasta que yo venga? *¿Si eum volo manere donec veniam, quid ad te?* Creyó Pedro, que Jesus con tales palabras queria dar á entender, que Juan no moriria, pero segun nos dice Juan, no era esta la mente del Señor, y sin duda comprendió, que no le estaba reservado un corto y simple martirio, sino uno tan largo como cruel, el de no poder morir á su voluntad por el Dios que le habia amado.

Vemos en las actas de los apóstoles, que unidos con lazos de amistad Juan y Pedro, á semejanza de David y Jonatás, se arrojan de concierto en las batallas divinas, emprenden ambos la conquista de Judea, predican juntamente y hacen milagros, corren los mismos riesgos, y participan las mismas cadenas. No puede separarse Juan del apóstol, que ocupa el lugar de su maestro, ni Pedro del discípulo, á quien Jesus llevaba siempre consigo.

Por eso les vemos curando juntos al cojo de nacimiento, desafiar el furor de los fariseos que les arrojan en una cárcel; ir por acuerdo del colegio de los apóstoles á Samaria, á imponer las manos à aquellos á quienes habia convertido San Felipe, y en fin confirmar en su apostolado á San Pablo, que se presentó á los dos apóstoles, mirados como las dos columnas de la Iglesia.

Habia Juan participado del destino de Pedro escepto su martirio; vióle morir sufriendo el mismo suplicio que su divino maestro; vió caer bajo el hacha romana la cabeza de San Pablo; vió en fin á casi todos los apóstoles fecundar con su sangre la semilla de la palabra que habian anunciado: solo restaba á Juan participar de su corona. Por último hasta aquella que podia tenerle unido todavia á la tierra, acababa de ser arrebatada al cielo, despues de haber recibido del discípulo á quien amaba su hijo, los mas cariñosos oficios de piedad filial. ¡Oh, y cuánto tarda á unirse con los obgetos de su amor! quiere á todo precio conquistar la muerte. Deja á Jerusalen y va á establecerse en Efeso, y cual habia abrasado á Judea, abrasa ahora su celo á toda el Asia menor, fundando en los voluptuosos lugares de Jonia y Frigia, siete iglesias modelos de todas las virtudes, por lo cual llamóle San Juan Crisóstomo la columna de todas las iglesias del universo: *Columna omnium, quæ in orbe sunt, ecclesiarum.* Su celo penetra en la Persia, dominada á la sazon por los Partos, é ilumina al oriente con los rasgos de la verdad; empero á la dicha de predicar à su maestro quisiera unir la de morir con él. Por todas partes busca la muerte y parece que por todas le huye. Y no como quiera ha visto ya el martirio de los apóstoles, ha visto caer tambien la espada sobre los discípulos de ellos y sobre los suyos; lo ha visto, y sin poder él gozar de la espada, del fuego y de ningun suplicio. No se vé corona sobre sus cabellos blancos. Pero en fin cree Juan que ha llegado el instante de alcanzarla: Domiciano renueva la persecucion contra los cristianos, y condena al apóstol á ser arrojado en aceite hirviendo. Con santas trasportes se ofrece el feliz discípulo en holocausto de amor. Mas de repente suspende Dios la voracidad de las llamas, y renueva la sentencia que habia pronunciado: quiero que viva: *sic eum volo manere.*

Fatígase en vano la rábia de los verdugos, el fuego se apaga, y el líquido ardiente queda frio como el agua helada de un manantial. La vejez de Juan sale de esta prueba, renovada como la juventud del águila, y revistiéndose, como dice Tertuliano, de la pujanza y lozanía de la edad primera: *Vegetior ac purior ab igne emergit.* Perdida la esperanza de morir, ¿á dónde podria dirigirse el desgraciado discípulo? Pero un nuevo rayo brilla á sus ojos; se le destierra á la isla de Patmos, lugar desierto donde la tiranía de los emperadores enviaba á los que habian escapado de la hacha de sus lictores, y su avaricia les enterraba vivos en las minas, como á esclavos. El anciano venerable, á los noventa y seis años de edad, se vé condenado á tan penosos trabajos con todas las señales de la ignominia que acompañaban á esta muerte lentamente prolongada. Juan espera acabar su sacrificio en los dolores de un trabajo, que sin tener el brillo del martirio, tenia todo su rigor y crudeza. Mas no: oye todavia la misma sentencia que le condena á vivir. *Sic eum volo manere.* Pero ¡con qué pesar arráncase, por decirlo asi, el apóstol del sepulcro para volver á la luz del dia!

Resignase à vivir, y vuelve á sus hijos esperando en sus brazos la muerte que le niegan los tiranos. Doce emperadores han entrado á su vista en el sepulcro, ha sobrevivido á Jerusalen, y le es sin duda indecible suplicio no poder sufrir à placer de sus deseos, cuanto quisiera, por aquel á quien ama, y en quien tiene puesta toda su felicidad. Empero altas miras tiene la Providencia haciéndole sobrevivir á todos los apóstoles, y alargando mas allá del término ordinario su vida, à la cual queria conservar sin duda como testigo de la verdad para oponerla á todos los errores, y herirlos, al nacer, de muerte. *(Se continuará.)*

CANTICO DE MOISES.

Cantemos al Señor: engrandecido
Gloriosamente ha sido;
Su diestra en el mar fiero
Precipitó caballo y caballero.
Mi gloria es el Señor, mi fortaleza;
Tú eres mi Dios: alabaré tu nombre,
Dios de mi Padre, cantaré tu alteza.
Cual adalid valiente
Se alzó: su nombre santo
El solo en poderío....
De Faraon los orgullosos carros
Y el egército impío,
Y bravos y escogidos campeones,
A la mar vengadora
Arrojó con su diestra vencedora.
Cual piedra á los abismos descendieron,
Los mares los cubrieron....
¡Jehová! ¡Jehová! maravillosa muestra
Tu incontrastable diestra
Ostentó de poder; tu diestra fuerte
Al enemigo destrozó; tu gloria
Les derribó y pasmó.... hablaste, y luego
Lanzóse tu ira, y consumió sus huestes
Cual á una arista el devorante fuego.
De tu furor al soplo dividióse
El mar, y la ola rauda, arrebatada,
Paró y quedó cuajada;
Rugiendo el enemigo en furia impía:
«Les seguiré, y alcanzaré: despojos
«Suyos, y sangre suya al alma mia
«Hartarán, y la espada
«Desnudaré, que ardiente
«Destrozará, Israel, tu esclava frente."
Tronó el Señor: lanzado el mar furioso
Sobre ellos fue, y hundiéronse al abismo
Cual plomo ponderoso.

¿Quién á tí semejante
En gloria y fortaleza?
¿Quién como tú, Señor? ¿Quién, decid, tanto
De maravillas hacedor glorioso,
Grande y terrible, vengador y santo?
Estendiste tu mano
La tierra los tragó.... Tú el gran caudillo
De tu pueblo, Señor. Tú Dios clemente
Libertado le has: por tu esforzada
Diestra adoró tu celestial morada
De Abraham el descendiente.
Alzáronse y lo vieron las naciones,
Y de furor bramaron,
Se agitó pavorosa Palestina,
Los príncipes de Edom se conturbaron,
Y los fuertes varones
De Moab y Canaan yertos quedaron.
Caiga, Señor, ¡furioso
Caiga profundo espanto
Por tu grandeza en esa gente impía!
Queden inmobles como piedra fria,
Queden inmobles ¡ó gran Dios! en tanto
Pasa tu grey amada,
Por tí del yugo egipcio libertada.
Y á tu monte sagrado
Has de llevarla tú; firme morada,
Do se estremaron tu poder y ciencia;
Santuario adorado
Señor Dios de Israel, que tú has alzado.
Reinas sobre los siglos,
Y mas allá, ¡Jehová!... Los fuertes carros
Del Egipcio y sus haces voladoras
Lanzáronse á la mar hirviendo en saña:
Mas alzaste las olas vengadoras
Y cubriólos el mar.... Israel, en tanto
Pasó enjuto la mar, y alzó su canto.

Reseña histórica de la Iglesia de España desde la muerte de Fernando Séptimo hasta nuestros dias (1).

ARTÍCULO PRIMERO.

En el artículo sexto y último de introduccion á esta reseña histórica, hablando de los hombres que en el año 12 se empeñaron en hora menguada en regenerarnos: «no tratamos sin embargo, digimos, de desenvolver en este artículo aquellos sus planes impíos, y verdaderamente liberticidas. Fuera largo, y ademas inútil: nosotros vemos en nuestros dias las mismas ideas que en el año 12, los mismos planes, los mismos hombres, con la diferencia que aquellas ideas están hoy desenvueltas, y aquellos planes consumados. Fernando VII los paralizó con una sola palabra en el año 14, en el año 23 tambien cayeron, pero en el año 35 triunfaron. Si nos han hecho libres y felices sábelo España."

«Hemos llegado ya al término apetecido: vamos ya á entrar de lleno en la historia de la Iglesia de España, y á formular la grande acusacion contra el gobierno que há diez años la veja y persigue con daño de la libertad, de la civilizacion y de las costumbres."

«Demostrado habemos que la Iglesia de España conservó en todas épocas su santa independencia. Ahora, al contar sus persecuciones y su gloria, y al alzar la voz en medio de lamentables ruinas, esta voz será mas grave porque irá apoyada en la autoridad de diez y ocho siglos, porque la España de Recaredo, de Pelayo, de Alfonso el Sábio y de Fernando el Católico argüirán con nosotros á la España de Becerra, y Alonso, de Toreno y Mendizabal."

Dios hizo sonar su hora, y Fernando VII bajó del trono, y descendió al sepulcro. Comenzaban ya á oirse los rumores de la tempestad; una débil niña dormia junto á las gradas del sólio; la juventud, falta de esperiencia, abandonaba el ánimo lozano á generosas ilusiones; los hombres, que ven de lejos, temblaban. ¿Mas pudieron ellos preveer por acaso todo el cúmulo de males que iban á desplomarse sobre nosotros? Aun ahora, cuando atrás volvemos los ojos, nos asombramos; y asombrados tambien nuestros nietos preguntarán, cómo en un pueblo, amante de la religion de sus padres y del trono de sus reyes, en un pueblo que florecia en el seno de la paz, y, estinguidos casi los civiles odios, formaba hasta cierto punto una sola familia; cómo en este pueblo, escandalizado aun de las locuras del año 12, y las saturnales del 22, pudo consumarse en tan breve tiempo, asi en el órden religioso como en el político, una tan absurda y espantable revolucion. Si hubiese existido un hombre que en el año 28 hubiese dicho al rey: ese trono que hoy se alza tan robusto, socavado por el hacha revolucionaria, estará dentro de diez años bamboleando; y á los grandes: marchabais casi iguales á los reyes, y aun hoy desplegais tan magnífico lujo, y os vereis despojados en breve y escarnecidos; y á los sacerdotes: os arrebatarán los bienes, y á la luz que arrojen los incendiados templos, os perseguirán como á fieras, os hollarán como á esclavos; y al pueblo: se derramará pródigamente la sangre de tus hijos, y en cámbio de esa sangre te se envilecerá y encadenará.... si tal hombre hubiera existido, y tales palabras dicho, el pueblo, el sacerdote, el grande, y el rey, reputáran estas por sueños, y á aquel le rechazáran como loco. Y sin embargo esa locura y esos sueños eran un decreto de la Providencia.

En verdad, que cuando á vista del sangriento delirio de esos hombres que se arrojan á destruirlo todo, nos indignamos contra ellos

(1) Véase las páginas 41, 78, 117, 181, 242, 265 de la primer série.

únicamente, en verdad, que padecemos lastimosa equivocacion: debiéramos indignarnos contra nosotros mismos, porque nosotros somos, y la grandeza, y el clero, y el trono los que hemos hecho esa revolucion que nos devora. Si escandaliza este lenguage, cúlpese á la verdad, no al que la escribe.

Sí: porque entra en los planes de la Providencia, coronar á veces la virtud del justo con la aureola de la persecucion y del infortunio; pero jamás estalla su cólera sobre un pueblo, sin que ese pueblo esté corrompido. Entonces es cuando Dios arma á las malas pasiones para castigar los pecados públicos; suéltales entonces el dique, como soltólo un dia al mar, para que anegase la tierra toda manchada; y vése entonces salir, no se sabe de dónde, esa casta de hombres, con corazones de tigre, que cuando azotan á sus hermanos renegando de Dios, no saben que están cumpliendo los terribles decretos de su augusta Providencia.

¿Pero cuál era el estado en que se hallaba la sociedad española á la muerte de Fernando VII? Este rey ocupó un trono, que en medio de sus glorias mancilló su abuelo, con uno de aquellos actos que nunca deja el cielo sin castigo. Sentóse despues en él con María Luisa la mas impudente corrupcion, funesto egemplo para sus pueblos; y el hijo de una madre que le negaba por tal, y de un padre que abrazaba estúpidamente al causador de su deshonra, empuñó á su vez el cetro que le compraron con su propia sangre los españoles. Si les dió egemplo de moralidad, si respetó la dignidad de los hombres, si les hizo, en cuanto debia, felices, lo dirá la posteridad inexorable; pero mucho dudamos, que ni aun en gracia de los tiempos borrascosos en que reinó, llegue á absolverle de sus faltas ni como hombre ni como rey.

Hay razas de nobles, como hay familias de reyes. Los varones ilustres que prestaron á su patria eminentes servicios, grangearon la admiracion y amor de sus conciudadanos, y recibieron riquezas y honores de sus monarcas. Criáronse sus hijos, respirando bajo el techo paterno el aire de la gloria, y al heredar honores y riquezas, heredaron igualmente la sagrada obligacion de dar esplendor al trono y proteccion á sus pueblos. Ahora, si entre los grandes de España habia ilustres capitanes, eminentes políticos, y sobre todo muchos hombres benéficos, que se consagrasen á labrar la felicidad, ó aliviar al menos la miseria de sus propios pueblos, no lo diremos nosotros. Condenamos á la revolucion, pero vemos en el castigo la mano de la Providencia.

Nadie con mas respeto que nosotros acata, ni defendiera con mayor energía, la magestad divina del sacerdocio, y la sublimidad de esas instituciones santas, que ofrecen puerto seguro á las almas, que temen, ó están ya quebrantadas por las tormentas del mundo. ¡Qué espectáculo mas hermoso y tierno, que ver á un párroco, egemplo de virtudes, santificando con la luz de ellas á su grey, y con la palabra del cielo; ni cuál mas sublime que el de esos modelos admirables de obediencia, castidad y desprendimiento, brillando en medio de los tres grandes vicios del mundo, la ambicion, la lujuria, la avaricia! Sin embargo, de solo pensarlo se oprime el corazon; no faltaban, es verdad, ni en los claustros ni en el clero, prelados celosos, varones virtuosos y sábios; pero la corrupcion y la ignorancia habian invadido el clero, y penetrado hasta en los claustros, y se miraba ya por muchos, por muchísimos, como empleo mercenario, como modo de vivir mas ó menos holgado y lucrativo, lo que debiera solo mirarse como mision que se acepta por un llamamiento divino, como un perpétuo sacrificio que se hace en nombre de Dios por la salud de los hombres. Se nos hablará de las guerras y los trastornos del siglo, y de la corrupcion del pueblo: está bien, pero si esto escusa, no justifica; pero cuando llega el daño á cierto punto, es preciso no descansar un instante, es preciso no vivir hasta arrancar sus raices. Porque si el sacerdote recibe la corrupcion del pueblo, la devuelve al pueblo centuplicada; y en fin, porque no hay medio, un hombre que tiene todos los dias á Dios en sus manos, si es puro, es un ángel, pero si está corrompido es un.... no acabemos.

Con decir esto, se está dicho tambien que no faltaria honda desmoralizacion en el pueblo. El español, no hay duda, ama la Religion de sus padres, y tiene admirable instinto de grandeza; no olvidará nunca que se crió á los pechos de la Iglesia católica, dió una batalla de ochocientos años y conquistó un nuevo mundo.

Sus sentimientos de fé y de heroismo pueden entibiarse y como dormir en el fondo de su corazon, mas al menor impulso despiertan y estallan con poderosa y enérgica fuerza. Asi se vió en 1808; pero merced á los escándalos del anterior reinado, que nos arrastraron á tan terrible estremo, á los desórdenes que consigo traen las guerras, y á la invasion sobre todo de las ideas filosóficas, el gran pueblo español se hallaba relajado. Cuando consideramos lo que es el cristianismo, ese estar en contínuas relaciones con Dios amando á los hombres, ese vivir de caridad y de fé, dolorosamente concluimos que la mayor parte de nosotros, si observábamos las prácticas de la Religion, no nos hallábamos animados por su espíritu divino. Nos decíamos cristianos, porque nuestros padres se gloriaban con este nombre; orábamos, porque vimos orar á nuestros padres, y al propio tiempo nuestra vida formaba un contraste espantoso con nuestra creencia. Por no citar sino un egemplo, ¿qué pensaria un verdadero cristiano, al ver que la mayor parte de nuestros labradores acudia al templo mientras pagaba infielmente los diezmos, es decir, se arrodillaba delante de Dios y robaba á su Iglesia? Sobre todo, quien quiera observase á la juventud de nuestras ciudades, destinada á egercer un dia empleos y cargos públicos, á influir en la opinion poderosamente, á ser en una palabra la nacion, debia en hecho de verdad estremecerse. ¿Qué educacion religiosa se nos dió? Rubor causa decirlo; ¡tan vergonzosa era nuestra ignorancia respecto de las pruebas, en que descansa magestuosamente la Religion, y del bienhechor influjo que egerce en la civilizacion y grandeza de los pueblos! Sin la verdadera ciencia en el entendimiento, y combatidos por las pasiones en medio de una sociedad, que do quiera nos presentaba peligrosos atractivos y pésimos egemplos, no era fácil que conservásemos la fé en el corazon, y habíamos llegado á ser bajo la máscara de cristianos una especie de ateos. La juventud es mal sufrida de ningun freno porque siente su fuerza, despreciadora de lo antiguo porque la altivez de su espíritu la ciega, ardiente amiga de novedades porque el fuego de su imaginacion la arrebata; y siendo esto asi, ¿no era muy de temer, que en el instante en que la fuerza no impidiese á una impía revolucion, que convidase con la libertad á nuestras pasiones, abrazáramos con ardor su causa, y mirásemos por lo menos la sacrosanta de la Religion con sacrílego desvío?

En España, pues, se necesitaba reforma comenzando por la casa de Dios, pero severa y radical reforma. La época de los diez años era un tiempo precioso; no desconocemos que se oponian crecidas dificultades; mas era un tiempo precioso, repetimos. Por dos veces nos habia Dios mostrado el hacha y la tea revolucionaria; por dos veces al fin nos habia libertado de sus horrores; no parece sino que nos daba entonces el tercero y último plazo. Nosotros miramos á todas partes, y digimos «seguros estamos: reposemos; cada institucion con sus abusos, cada hombre con sus vicios, ¿por dónde ha de venirnos el daño? ¿por dónde invadirnos la revolucion?" Y hé aqui, que en breve plazo sobrevienen sucesos, que escapan á la prevision humana, pónese la revolucion al frente del gobierno; derrámase á torrentes nuestra sangre; sacuden los pueblos de sobre sí á los señores, y aparece un destructor á la puerta de cada templo. Porque cuando los hombres no reforman, Dios envia tiranos que destruyan.

En verdad que son estraordinarios los sucesos que abrieron ancho camino al mónstruo de la revolucion; está en ellos impresa la mano del Altísimo. Era necesario que una reina santa muriese, y ved que fallece Amalia en la flor de su vigorosa juventud; no retrae su salud quebradiza á Fernando de contraer su cuarto himeneo; la fama precede á la princesa de Nápoles, anunciando que abrigaba secreta inclinacion á las ideas liberales. Tres esposas habian participado de su tálamo; el cielo se habia negado siempre á los deseos del régio esposo y á las esperanzas de la nacion; esta miró á su reina y vió por dos veces esas esperanzas hasta entonces negadas; y por dos veces ella y su rey pidieron á Dios un príncipe... Dios les concedió una niña. Coincidió casi con el nacimiento de Isabel la revolucion de julio; la conquista de Argel no puede proteger con su gloria el trono del descendiente de cien reyes; lanza París un grito, y se aprestan al combate todos los revolucionarios de Europa. No parece sino que Dios apresure nuestros desastres; Fernando se in-

clina visiblemente al sepulcro; y vemos ya á través de su muerte una larga minoría, y una guerra de sucesion.... En tres años ha cambiado la faz de las cosas; lo que ayer parecia imposible, es hoy casi inevitable. Quien mora en los cielos se rie de la prevision de los hombres.

Cristina, sea por aversion ó cálculo, resuelve no confiar, cuando fallezca su esposo, la defensa de Isabel á los realistas; mas ansiosa y necesitada de procurarle defensores, halaga á los liberales, y promulga el decreto de amnistía. Jóvenes, muy jóvenes no vimos entonces en ese decreto sino un acto de clemencia; ahora conocemos que fue un tratado: los que llamábamos, invocando á las musas, nuestros hermanos, venian á ser nuestros señores. Fernando muere; los liberales estaban agrupados en derredor del trono de Isabel; el gran Zumalacarregui iba á aparecer en las montañas de Navarra.

¡Una larga minoría, una guerra de sucesion! es decir, ¡nulidad en el poder, confusion horrible en el pueblo, tumulto y tinieblas! En tanto una revolucion enemiga de Dios iba ya alzándose, para recorrer con la tea en mano nuestras desoladas ciudades; España presentia la llegada del mónstruo, y se estremecia y se indignaba; los hombres del poder tambien temian; temian á la revolucion, y sobre todo al pueblo. Una sola palabra que se les hubiese escapado é hiciera entender á éste que iba á renovarse la época del año 20, bastára para hacerle alzar todo entero. El tiempo pues era preciosísimo: un dia entonces podia decidir de la suerte de la nacion; era necesario calmar la ansiosa agitacion de ésta, adormecerla, darle una seguridad que sin duda no tenia el señor Cea Bermudez. Esto se alcanzó en gran parte con el célebre manifiesto de 4 de octubre: muchos liberales han tenido á bien criticarlo; y sin embargo él fue para Cristina, lo que el folleto de Bonaparte y los Borbones de Chateaubriand para Luis XVIII; fue un egército, aun mas, fue la salvacion del trono de su hija.

En él decia la Reina gobernadora á los españoles: «La Religion y la monarquia, primeros elementos de vida para la España, serán respetadas, protegidas, mantenidas por mí en todo su vigor y pureza. El pueblo español tiene en su inato celo por la fé y culto de sus padres la mas completa seguridad de que nadie osará mandarle sin respetar los obgetos sacrosantos de su creencia y adoracion; mi corazon se complace en cooperar, en presidir á este celo de una nacion eminentemente católica, en asegurarla de que la Religion inmaculada que profesamos, su doctrina, sus templos y sus ministros serán el primero y mas grato cuidado de mi gobierno."

«Tengo la mas íntima satisfaccion de que sea un deber para mí, conservar intacto el depósito de la autoridad real que se me ha confiado. Yo mantendré religiosamente la forma y las leyes fundamentales de la monarquía, sin admitir innovaciones peligrosas aunque halagüeñas en su principio, aprobadas ya sobradamente por nuestra desgracia. La mejor forma de gobierno para un pais es aquella á que está acostumbrado. Un poder estable y compacto fundado en las leyes antiguas, respetado por la costumbre, consagrado por los siglos, es el instrumento mas poderoso para obrar el bien de los pueblos que no se consigue debilitando la autoridad, combatiendo las ideas, las habitudes y las instituciones establecidas, contrariando los intereses y las esperanzas actuales para crear nuevas ambiciones y exigencias, concitando las pasiones del pueblo, poniendo en lucha ó en sobresalto á los individuos, y á la sociedad entera en convulsion. Yo trasladaré el cetro de las Españas á manos de la Reina, á quien le ha dado la ley íntegro, sin menoscabo ni detrimento como la ley misma se lo ha dado."

A estas palabras, trescientos mil realistas depusieron las armas, y la nacion entera, si no se tranquilizó completamente, esperó al menos y calló. Pero la vista perspicaz de algunos hombres alcanzaba ya á divisar detrás de los consejeros de Cristina á una multitud de ambiciosos y frenéticos, que gritaban empujándoles: *adelante*. Y era necesario ir adelante, ó caer al empuge de la revolucion que avanzaba, contando con la ira de Dios, y con el apoyo de terribles ausiliares; á saber, el orgullo á quien prometia la libertad de todas las pasiones, y la codicia á quien señalaba como presa riquísima los bienes sagrados de la Iglesia.

MISIONES.

ESTRACTO DE UNA CARTA DEL ILMO. SR. MAZLUM, PATRIARCA GRIEGO-CATÓLICO DE ANTIOQUIA, DIRIGIDA A LOS SEÑORES DEL CONSEJO CENTRAL DE LION.

Muy señores mios: La Iglesia griega, sometida en los primeros siglos á la silla de Roma, abrazaba en una misma unidad de fé, disciplina y liturgia á todos los pueblos del Oriente. Los idiomas nacionales, lo mismo que en Europa, eran diversos; mas para los eclesiásticos no habia sino una sola lengua, que era la que habian usado la mayor parte de los autores inspirados por la nueva ley. Los ritos, tales como se habian recibido por tradicion apostólica, se practicaban en todas partes con igual uniformidad. Entonces todo el Oriente no tenia mas que una sola voz para alabar à Dios y ensalzarlo: era como en tiempo en que la numerosa familia de Noe no habia levantado aun la torre de confusion.

Pero el error no tardó en dividir lo que la verdad tenia unido tan admirablemente. Los caldeos, pasando á la secta de Nestorio, y los sirios, armenios y coptos estraviados por las doctrinas de Eutiches, abandonaron por ódio ó desprecio las creencias de la Iglesia griega, su madre, y con ella el idioma con que hasta entonces las habian esplicado. No hay duda que para unas comuniones que estaban circunscritas á una sola provincia ó reino las bastaba la lengua del pais. La heregía, como fruto del orgullo individual, siempre ha tenido tendencia por su naturaleza á aislar el hombre, y disminuir las cosas por medio de la division. La magestad de un carácter universal no sienta bien sino à los que son el órgano y los representantes de un Dios infinito. No tardaron en truncarse los antiguos ritos que condenaban abiertamente los nuevos símbolos, añadiendo al culto ceremonias que eran tan desconocidas á nuestros padres, como agenas de su fé las doctrinas recientes que se profesaban.

La Iglesia griega, que tantos novadores producia, se mantuvo aun en la unidad, y no rompió con Roma hasta el siglo X, época en que consumó el cisma, conservando todavía con una fidelidad escrupulosa su antigua liturgia.

La Iglesia católica debió negar su comunion á unos pueblos obstinados en sus funestos errores, pero no podia dejar de amarlos. Las calamidades públicas que cayeron sobre ellos fueron un motivo para quererlos aun mas, no perdiéndoles de vista para recoger y salvar á lo menos algunos restos de aquel inmenso naufragio.

Algunos hereges reconocieron por fin à su tierna madre la Iglesia, y se sometieron à su enseñanza; pero en cuanto á dejar su lengua nacional y los ritos particulares para adoptar la liturgia griega, que en otro tiempo habian desechado con desprecio, ó sujetarse al culto latino, que les era enteramente estraño, hubiera sido para ellos un sacrificio demasiado gravoso. Para allanar á sus hijos estraviados el camino de la conversion, Roma les permitió que conservasen los usos que no se oponian à la fé, y revestida de su plena autoridad, dió á las diferentes Iglesias superiores del mismo pais, quienes egercen el poder bajo el título de patrióticas.

De aqui dimanan las seis clases en que están distribuidos los católicos de Oriente, griegos, armenios, caldeos, sirios, coptos y maronitas. Cada una de estas naciones tiene su rito particular, su lengua eclesiástica, su disciplina y sus derechos. Todos se confunden en la unidad de doctrina, en los lazos de una misma caridad y en la comun sumision á la *Sede principal*. ¡Ojalá que estas simples notas sean consideradas por esa ilustre corporacion como un testimonio de mi reconocimiento y el de mi rebaño!

† MAZLUM, *patriarca de Antioquía.*

ESTRACTO DE UNA CARTA DIRIGIDA POR EL R. P. DESIRE MAIGRET, SACERDOTE DE LA SOCIEDAD DE PICPUS, PROVICARIO Y PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS ISLAS DE SANDWICH, AL OR ARZOBISPO DE CALCEDONIA, SUPERIOR GENERAL DE LA MISMA SOCIEDAD.

Oahu d enero de 1841.

Ilmo. señor: Aprovecho la ocasion de un buque que se va directamente á Inglaterra para dar á V. S. I. algunas noticias acerca de nuestra mision.

Los calvinistas siguen haciendo los mayores esfuerzos para impedir los progresos del catolicismo. Con este obgeto acaban de dictar leyes á los gefes de estas islas, tendiendo á poner toda la autoridad en manos de los discípulos de la alta escuela protestante que se halla establecida hace algunos años en Maûi, punto en donde suelen residir el rey y la regencia. En lo sucesivo todos los que queden encargados de la enseñanza han de salir de aquella escuela, ó cuando menos han de ser aprobados por los que la dirigen.

Estos establecimientos tan cacareados por los ministros protestantes no eran casi frecuentes á nuestra llegada mas que por los naturales. Despues salió un decreto para que todos los padres de familia enviasen á ellos sus hijos, so pena de pagar una multa. Los sectarios creian que los sacerdotes católicos recien venidos á estas islas, hallándose aun poco duchos en la lengua, y no teniendo mas libro elemental que el catecismo del P. Bachelot, no estarian en disposicion de dar lecciones á los indígenas, y de este modo nos quitarian todos los hijos de nuestros neófitos. En dicho decreto los gefes bien hablan de misioneros; pero de nosotros nada dicen absolutamente, pues para nada se nos cuenta. Creyendo yo tener tanto derecho para instruir y fundar una alta escuela como los protestantes, he reunido nuestra juventud católica, y he nombrado maestros en diferentes puntos de la isla para que la instruyan. A pesar de estas intrigas, el número de nuestros neófitos va siempre en aumento: en la isla de Oahu tenemos ya mas cristianos que en las de Gambier.

Queda de V. S. I. su afectisimo, etc.— L. D. MAIGRET, *provic. y pref. apost.*

CARTA DE MR. JEANTET, MISIONERO APOSTÓLICO, A MR. GIROD, VICARIO GENERAL DE SAN CLAUDIO.

13 *de abril de* 1840.

Muy señor mio: Siempre que V. reciba carta del Ton-King no espere otra noticia que la de algun martirio. El desenlace uniforme de nuestras narraciones quizás cansará á V. por su monotonía; pero es indispensable escribir la historia tal como es: por otra parte, ¿pueden los misioneros dejar de hablar de lo que forma el obgeto de sus esperanzas?

....Pedro Thi nació el año 1763 en Ke-So, provincia de Ha-Noi. Su familia, poco favorecida por los bienes de fortuna, ha visto ya dos individuos suyos honrados con el sacerdocio y víctimas de la persecucion. El mas jóven de los hijos, llamado Dé, sigue con ardor las huellas de sus hermanos. ¡Ojalá nuestra mision pueda contarle mucho tiempo en el número de sus apóstoles!

A la edad de once años Pedro Thi entró en la *casa del Señor*. Despues de haber estudiado suficientemente el latin, fue admitido en 1796 como catecúmeno, y fueron tan grandes las virtudes, el talento y el celo que desplegó en el egercicio de este humilde ministerio, que sus superiores, persua-

didos que harian de él una adquisicion útil para la Iglesia, le iniciaron desde luego en los conocimientos teológicos, y le confirieron las sagradas órdenes en 22 de marzo de 1806. La parroquia de Song-Chay fue la primera que confiaron á su cuidado, la cual regentó con la mayor prudencia, solicitud y firmeza hasta 1832, en que fue nombrado párroco del distrito de Ke-Song, en el Huyen-Binh-Luc. Alli es donde le ví por primera vez en 1835: noté en él una devocion viva, una exactitud egemplar en cumplir el reglamento de la mision y una grande apacibilidad unida á una prudencia suma. Su modestia acaso degeneraba en escesiva timidez; pero esto mismo nos obliga á admirar el poder de la gracia que ha triunfado de todas las flaquezas humanas, comunicando á un carácter tan dócil una resolucion que le era propia. No solamente era querido y respetado de los de su casa y de sus feligreses, sino que el Ilmo. Havard, que tan justamente sabia apreciar el mérito de sus sacerdotes, le profesaba una estimacion sin limites. Me acuerdo de un dia en que hallándome en conversacion con este ilustre prelado, esclamó con admiracion: ¡el padre Thi es un santo!

Andrés Lac era oriundo de la provincia de Bac-Hinh. Sus padres, pobres é idólatras, habian ido á establecerse en la real villa de Ke-Cho, y de resultas el clérigo de la mision en aquella antigua capital del Tong-King presentó al jóven Andrés, que tenia doce años, á Mr. Leroy, que á la sazon dirigia la comunidad de Ke-Vink. Con tres años de instruccion y egercicios quedó dispuesto para recibir el bautismo, y en seguida le pusieron al cuidado de un sacerdote que le enseñó en su casa los caractéres chinos, en cuyo estudio hizo rápidos progresos. A los doce años aprendió los rudimentos de la lengua latina; á los veinte y cuatro ascendió al grado de catequista, cuyas penosas funciones egerció por espacio de diez años, despues de los cuales siguió un curso de teologia bajo la direccion de Mr. Eyot. Luego que acabó sus estudios, el Ilmo. Sr. de Gortine le confirió las órdenes en el mes de setiembre de 1812, incluso el diaconato, y el 15 de marzo del año siguiente le ordenó de sacerdote.

Al principio de su ministerio apostólico fue sucesivamente destinado como ayudante ó cooperador al lado de varios curas indígenas, uno de los cuales fue el desgraciado Duyet, quien en 1838 deshonró su carácter, y sumergió la Iglesia en la mayor afliccion con el escándalo de su apostasia. Mas tengo el gusto de participar à V. que acaba de hacer en su pais pública retractacion de sus errores en presencia del misionero y de todos los feligreses reunidos.

Habia siete años que Andrés Lac se hallaba al frente de la parroquia de Ke-Dam, cuando en 1835 fue preso por sus perseguidores y echado en las cárceles del *Phu*, de la cual no hubiera salido probablemente sino para ir al martirio, si uno de nuestros cristianos mas pudientes no hubiese sacrificado una parte de su fortuna para rescatarle. Entonces fue cuando cambió el nombre de Dung por el de Lac, porque habiendo sido denunciado al rey como ministro de Jesucristo, temia que el generoso neófito su libertador no fuese envuelto en las nuevas persecuciones que naturalmente habian de ocurrir.

En todos los parages donde estuvo colocado, su memoria se conserva con veneracion. Humilde y sumiso con los superiores que tanto le apreciaban, su natural bondad y genio pacífico y de conciliacion le habian grangeado el cariño de todos nuestros cristianos. Sus compañeros admiraban su celo, tanto cuanto los discipulos de la *casa del Señor* estaban edificados al ver la exactitud con que cumplia sus deberes; hasta los mismos letrados paganos solicitaban su conversacion. Yo que fuí testigo largo tiempo de sus virtudes, puedo responder del desinterés, piedad, inocencia y temor de Dios de aquella alma privilegiada. Lo mismo que Pedro Thi, su timidez acaso rayaba en esceso; pero nunca llamaré pusilánime à quien supo arrostrar con tanta fortaleza los tormentos y sufrió con serenidad la muerte.

El santo sacerdote habia ido à Ke-Song el 10 de noviembre para confesarse con el venerable P. Thi. Hacia mucho tiempo que estos dos amigos no se habian visto; y asi el P. Lac, que ya se disponia para volver, no pudo negar al buen anciano el consuelo de dilatar la marcha hasta el otro dia. ¡Cuántas penas se comunicarian en aquella noche tan sumamente corta! ¡Cuántos votos formarian por la paz de sus rebaños y la salvacion de su patria! Pero ¡ay! sin duda

no les era permitido que lo viesen realizado.

El dia 11 cerca de medio dia se llegó à ellos el alcalde del pueblo con tres satélites que le acompañaban armados con palos, y encontrando primero al P. Lac le preguntó quién era. Sin duda que sereis un maestro de la Religion, añadióle; y sin atender à su propia respuesta entró en la casa con ánimo de prender al P. Thi, preguntando en dónde estaba el gefe de los cristianos. Entre tanto aconsejaban à Andrés Lac que se escapára; pero el virtuoso sacerdote inmóvil y resignado contestaba: «¡Hágase lo que Dios quiera! Si me prenden, sufriré por segunda vez el encierro por Jesucristo."

El alcalde hizo entrar en su barca á los dos confesores, para llevárselos à su casa. Algunos cristianos le seguian suplicando que dejase en libertad à estos presos inocentes. «Convengo en ello, contestóles, con tal que me deis diez barras de plata." Aquellos buenos neófitos se fueron al momento à sus casas á buscar el dinero que tenian, y con lo que pidieron prestado á los vecinos pudieron reunir sesenta ligaduras á poca diferencia, y ademas tres ollas grandes ó marmitas que valian las dos terceras partes de esta cantidad. «Hé aqui todo lo que tenemos, digeron al alcalde poniendo á sus piès todo el caudal: á lo menos volvednos el P. Lac." Restituyó á ambos la libertad, y nuestros cristianos se fueron contentos de haber rescatado sus pastores à costa de su fortuna.

Pero ignoraban que esta libertad adquirida á tanto precio no tardaria en serle arrebatada otra vez. En el momento en que Andrés Lac llegaba á Ke-Song, el mandarin de Huyen se hallaba con su secretario en el mismo desembarcadero. Como la noche era oscura, el padre, creyendo que este último era uno de sus feligreses, le alargó la mano para que le ayudára á saltar en tierra. Entonces dijo el pagano: «encended la luz, he cogido un maestro de religion." Al instante vino el mandarin, y preguntó al misionero quién era. «Soy sacerdote, contestó: no hay mas que un momento que me hallaba preso, y ahora vos tambien me deteneis; pero sois el enviado del rey, y debo obedecer. Aunque bastase una sola mentira para librarme, no me valdria de este medio. Sí, soy maestro de religion."

En la mañana del 12 el mandarin se volvió con su comitiva al lugar acostumbrado de su residencia, llevándose al sacerdote. Por el camino halló el alcalde de Ke-Song que venia à presentarle el P. Thi, á quien tambien habian preso nuevamente. Nuestros dos compañeros entraron juntos en la cárcel de Huyen.

En su cautividad el mandarin les procuró todo el alivio posible: hizo que les dieran camas; mandó á sus cocineros que les sirviesen como á él mismo; prohibió á los carceleros que les diesen ningun mal trato, y dictó medidas para que les dejasen descansar sosegadamente.

Viendo que el P. Thi, no obstante su avanzada edad, se hallaba sin ropa para resguardarse del frio, le preguntó si tenia manta con que cubrirse, y habiéndole contestado que tenia una, pero que se la habia quitado el alcalde, mandó que se la devolvieran inmediatamente.

Con tan buenos oficios el mandarin demostraba claramente á los confesores cuán sensible le era tener que obrar con rigor. Si la conciencia de sus presos hubiese podido prestarse á algun acomodamiento, sin duda que con gusto los hubiera restituido á sus rebaños. Asi es que no tuvo reparo en decir al P. Lac: «Maestro, aun sois jóven, ¿por qué quereis morir tan pronto? Creedme, cerrad los ojos y pasad por encima del Crucifijo, ó à lo menos caminad por el lado, y si quereis, mis agentes os arrastrarán encima; dejadlos hacer, y corre de mi cuenta el dictar una sentencia favorable." A esto contestó el padre que nunca consentiria en ello, y que preferia que le hicieran pedazos.

Los cristianos principales de ambas parroquias se reunieron para ver de qué modo podrian salvar à sus sacerdotes; pero fueron inútiles sus diligencias, pues no tardaron en enviar á los dos confesores hácia Ke-Cho, cabeza del partido. Antes de marchar, el mandarin inmoló un cerdo para aplacar la cólera del cielo y la tierra. «No es à mi, esclamó, à quien debe atribuirse la injusticia de las órdenes que egecuto. ¡Caiga sobre sus autores el castigo de tamaña iniquidad!" Todos los neófitos de Ke-Song entraron en seguida à ver à los confesores. Aquella escena partia el corazon: nunca se habia oido en la cárcel tantos sollozos.

Cuando vieron nuestros cristianos que la barca en que iban sus pastores se largaba,

le seguian en tropel, los unos en canoas y los otros à pie por el lado del rio. Luego que llegaron al puente de Ke-Don se colocaron en ambas riberas, tiraron la barca à la orilla, y postrándose otra vez delante de los misioneros, les suplicaron que no se olvidasen de sus antiguas parroquias, dando con el llanto un libre curso à su dolor. Fue tan vehemente el sentimiento de aquella gente, que el mandarin llegó à temer las consecuencias. Creyendo sin duda que en el esceso de su afliccion tratarian de apoderarse de los presos à la fuerza, reunió al rededor de ellos à los soldados que le acompanaban. Entonces el P. Lac, levantando la mano para echar à sus ovejas la última bendicion, les dijo: «Cristianos y hermanos nuestros, os damos las gracias por habernos acompañado tan lejos. Volveos à vuestras casas, y continuad sirviendo à Dios como si estuviésemos aun entre vosotros. Idos: vuestros ayes no pueden rescatarnos, y no hacen mas que aumentar nuestra pena."

Hasta aquel momento los confesores fueron sin canga, no obstante de que estaban ya preparadas; pero el mandarin juzgó prudente que se las pusieran, mandando al mismo tiempo à los soldados que separasen à varazos las mugeres y los niños· mas viendo que estos y aquellas preferian dejarse pegar antes que alejarse, dijo à los satélites: «Basta, no pegueis mas."

Desde el puente de Ke-Don hasta la casa comunal de una aldea llamada Ke-Tai, el número de los cristianos que seguia la comitiva siempre se fue aumentando, por el ansia que todos tenian de conocer al alcalde que habia preso à nuestros confesores. Aunque nuestros discípulos no proferian contra él ninguna amenaza, el mandarin temiendo que no le hiciesen una mala partida, le invitó à que se retirase, y él mismo entró con su escolta en la casa comunal. Mas de mil cristianos se hallaban reunidos en la plaza. El mandarin al ver aquella multitud sumergida en la afliccion, esclamó: «¡Caiga sobre el autor del delito el condigno castigo! Bien sabe el cielo que no tengo parte en el arresto de estos dos sacerdotes." En seguida se acercó à los presos, y mientras conversaba familiarmente con ellos, el P. Lac le citó una frase de Confucio, que en sustancia dice asi: «Es envidiable la suerte del que aprende por la mañana una buena máxima, y muere por la noche." «Maestro, contestó sonriéndose el mandarin, parece que habeis estudiado mucho."

Entre tanto no se disipaba el numeroso gentio de los cristianos que se hallaban presentes. Las mugeres sobre todo cerraban la puerta del comun, y despreciando las varas de los soldados, iban anegadas en llanto á saludar otra vez á los padres, lamentándose à sus pies del golpe que sufria el rebaño con la desgracia de sus pastores. «¿Qué es lo que os han enseñado vuestros sacerdotes, díjolas el mandarin, para que sintais tanto el perderlos?" Una de ellas contestó: «Nos instruyen en nuestros deberes, y nos enseñan á practicarlos; predican á nuestros maridos que no se entreguen al juego, á la borrachera y otros vicios que deshonran y arruinan las familias, y finalmente enseñan á las mugeres á ser humildes, recatadas y sumisas á sus maridos. —Decidme pues algunas de las oraciones que os han enseñado, pues me alegraria oirlas.—¿Cómo quereis que las diga en el estado de turbacion en que me hallo? Las he olvidado enteramente." «Aqui hay un misterio que no entiendo, añadió el mandarin, porque observo que no son únicamente los cristianos los que toman interes por estos presos; pues he reparado que cuando salieron de mi casa mi muger lloraba á lágrima viva, cosa por cierto bien estraña."

Al tiempo de pasar la comitiva por el mercado de Ke-Dam, todas las tiendas se cerraron, porque todos querian á porfia ver á los dos presos. Nuestros santos confesores no se acobardaron al frente de aquella multitud de curiosos, antes bien el P. Lac quitándose su gran sombrero de hojas de palma dirigió la palabra á lo sespectadores diciéndoles: «Somos predicadores de la verdadera Religion; asi, los que quieran contemplarnos, que se acerquen y nos miren á su gusto. Muchas veces he pasado por esta plaza, pero como era de noche, nadie podia conocerme. Ahora que es de dia, todo el mundo puede vernos libremente."

(*Se concluirá.*)